

## Una piedra en el Zapato

O la breve historia de los editoriales de Fidel Cano

El diario *El Espectador* no fue la primera aventura periodística de este hombre genial. Pero sin duda la más influyente... y la que más veces lo llevó a la cárcel, en tiempos de censura rampante.

Esteban Duperly Posada

**E**l martes 22 de marzo de 1887 apareció por las calles de Medellín un periódico que en el cabezote decía *El Espectador*. Por director y editor responsable del impreso se acreditaba Fidel Cano, por entonces un ave solitaria en eso de la prensa libre, tanto que para llenar los primeros números de su recién creado periódico debía redactar de su puño una cantidad de textos igual a nueve o diez cuartillas de computador actual. Un par de obreros tipográficos tomaban luego esos folios manuscritos y a partir de ellos armaban –también a mano, así era entonces– planchas de tipos móviles de plomo que embadurnaban con tinta. Pliego a pliego, ejemplar a ejemplar, salía desde una sencilla prensa Washington la modestísima publicación con la que el director se le insolentaba a todo un gobierno.

El camino que había llevado a Cano hasta *El Espectador* era bastante largo. Para empezar, no se trataba de su primer periódico. Años atrás, en 1879, había creado en Rionegro *La Revista Industrial*, una publicación impresa en la Imprenta

Cano & Posada, que era su negocio. Allá, en la tierra fría, Cano se había vuelto impresor y periodista. De hecho antes de *La Revista Industrial* tuvo un periodiquito de carácter literario que se llamó *La Idea*, y antes de eso un semanario muy artesanal titulado *El Iris*.

En cualquier caso *La Revista Industrial* no duró mucho y se acabó por falta de pago de los suscriptores. Pero como Cano era hombre de verter su pensamiento a papel, en enero de 1882 aparece de nuevo imprimiendo. Esta vez en Medellín y junto a un grupo de cinco liberales notables e influyentes –entre ellos Rafael Uribe Uribe– que crearon *La Consigna*, un periódico que cada sábado salía recién entintado desde la Imprenta Oficial del Estado Soberano de Antioquia, de la que Cano era director.

*La Consigna* circuló apenas dos años, hasta diciembre de 1884. Se atravesó como era usual en el siglo XIX una guerra civil, la del año 85, a la que Cano se fue como pagador general del ejército en grado de teniente coronel. Volvió en mayo, derrotado, como todos los liberales, y se encontró de súbito sin periódico, sin imprenta y sin trabajo. No le quedó más que marcharse primero a donde sus parientes conservadores en Envigado, y luego a un exilio en El Retiro, en donde empezó a dirigir un colegio privado de varones y a cultivar un jardín.



Mosaico de publicaciones de Fidel Cano. Se observan cabezotes de varios periódicos y algunos títulos de editoriales memorables, como «El Cadalso» o «Pastoral laica», que tuvo varias entregas. Reproducción fotográfica a partir del dibujo original, por Fotografía Rodríguez.1896. Archivo Fotográfico BPP.

Estando en esas, en el retiro de El Retiro, a finales del año 86 apareció un viejo amigo liberal a proponerle que regresara a Medellín. Eran tiempos difíciles, le dijo, y abajo en la ciudad no había quién le hiciera contrapeso al poder del presidente Rafael Núñez, entronado en la presidencia y desde ahí muy dado a ponerle mordazas a la prensa. La idea no era enfrentarlo a tiros, como se estilaba en ese siglo de guerras endémicas, sino en los mismos términos que tanto detestaba. Es decir, con tinta y papel.

Dos meses lo pensó Cano. Hasta que en febrero tomó menajes y familia, y regresó a la ciudad de la que se había exiliado casi tres años atrás. En la calle Calibío instaló un taller de impresión y, la última semana de marzo, desde una sencillísima prensa Washington de mano, echó a rodar a la calle un periodiquito que llamó **El Espectador**; a duras penas un pliego cortado en dos mitades que, ayudado por voceadores, circulaba cada martes y viernes a dos y medio centavos el ejemplar.

Con eso, y nada más que con eso, se le iba a plantar a un presidente todopoderoso que si de algo también sabía era de escribir y de hacer periódicos. Por eso mismo, porque sabía del poder de la prensa, le ponía bozal.

Núñez era un hombre de 62 años y estaba curtidísimo: encima tenía una vida de lidias políticas y ahora era vencedor. Por su lado Cano tenía apenas 33, pero había sido profesor de escuela, inspector de instrucción pública, agente bancario, vicerrector de la Universidad de Antioquia –entonces llamada Colegio Central– secretario de Hacienda del Estado Soberano de Antioquia, director de la Imprenta Oficial, diputado y hasta militar de ocasión en esa descalabrada guerra civil del año 85 que lo dejó sin nada. Su conocimiento intelectual era muy vasto, sus experiencias vitales numerosas, y ambas cosas le daban la capacidad de escribir muy suelto, en especial acerca de muchos temas. Por eso en su periódico desde

el primer número empezó a publicar textos sobre educación, economía, legislatura, milicia, religión, arte, ciencias, literatura, minería, agricultura. A veces incluía una que otra traducción propia de noticias en francés o inglés, que sacaba en una seccioncita titulada **Ecos de la prensa**. Y, desde luego, también escribía un editorial. Porque la dinamita de **El Espectador** estaba en la opinión. Para eso había regresado.

En el envés del primer folio aparecía un editorial que el director apretaba en tres o cuatro columnas para que cupieran los anuncios comerciales que le financiaban el tiraje. El tema siempre era política y desde ahí Cano lanzaba opiniones de una forma que bien soporta la metáfora de David contra Goliat.

La Regeneración era una mole y Núñez se había entronado en el poder central desde poco antes del año 86. Como Presidente había cambiado la Constitución y desplegado un proyecto político y de identidad de nación muy conservador y reaccionario. Su fin, planteaba, era regenerar al país. Y en aras de ello coartaba poco a poco, despacio pero de manera constante, derechos ciudadanos esenciales como la libertad de prensa.

La Constitución de 1863 había amparado por años la libertad absoluta de imprenta y circulación de impresos en Colombia, pero la de 1886, con la que se regía ahora el país que mandaba Rafael Núñez, resultaba



La calle contrahecha donde operó por algunos años el taller de **El Espectador**, conocida como «el Codo». Fotografía Rodríguez. 1924. Archivo Fotográfico BPP.

bastante anuladora. De entrada mandaba los asuntos de la prensa al ministerio de Guerra, pues no existía una legislación que la regulara. La única herramienta eran dos líneas en un árido pero potente artículo transitorio en la Constitución, identificado con el numeral K: «Mientras no se expida una ley de imprenta, el gobierno queda facultado para prevenir y reprimir los abusos de la prensa». Sin una ley de imprenta –y la ley nunca se hacía y el artículo K reinaba como cosa permanente– resultaba muy fácil que los periódicos de oposición fueran estimados como enemigos. A partir de ese agujero se lanzaban desde el legislativo órdenes de confiscación de máquinas, fundición de tipos móviles de plomo,

y apresamientos de impresores bajo cargos de calumnia por el descuido de no medir una frase.

En ese contexto Cano fue la voz de los vencidos. Se oponía con tinta a los excesos, a los desmanes, a las demasías de un presidente rodeado de ministros tenaces, y secundado por gobernadores que nombraba a dedo y hacían las veces de guardianes. El resultado, por supuesto, era lógico: en agosto, apenas en el número 30, cerraron **El Espectador**. Esa fue la primera de una larga secuencia de suspensiones, clausuras y confiscaciones que, juntas, forman una historia que de lo tan dramática se vuelve cómica: entre 1887 y 1903 **El Espectador** pasó más tiempo cerrado, o su imprenta confiscada,



Fidel Cano en 1898 y 1919. Fotografía Rodríguez y Benjamín de la Calle, respectivamente. Archivo Fotográfico BPP.



o su director preso, que circulando. Pero con todo, siempre hubo un regreso. Y con cada regreso volvían los editoriales de Cano, bien escritos, directísimos; terribles con quienes tenía que ser.

A la luz de hoy esos textos son importantes en la medida en que dan luces para entender unos años muy coyunturales en la historia nacional; años que de hecho aportan claves para entender lo que nos sucede hoy. Por eso los editoriales de Fidel Cano en *El Espectador*, a pesar de haber sido escritos hace más de un siglo, conservan mucha pertinencia. Su marco temporal ya no existe, claro, pero en últimas tratan sobre asuntos que como estado y como nación no terminamos de resolver, e incluso sobre saldos históricos que seguimos sin entender. Son textos sobre la enemistad clásica entre liberales y conservadores, o los primeros intentos de movimientos y partidos que convocaban a la unidad nacional. Tratan sobre la firma del Concordato con el Vaticano, o la pérdida de Panamá. También sobre la pena de muerte. Es decir, sobre sucesos que podrían publicarse hoy sin que se les cambiara una letra y parecerían de lo más actuales: las zancadillas que los presidentes le ponen a la libertad de prensa, las leyes y los decretos confeccionados a medida para controlar o permitir esto o aquello, la torpe política de fronteras nacionales, o la sed de poder de caudillos que se consideran

a sí mismos hombres esenciales. Ya se ve: aunque aquí todo cambia, en el fondo todo permanece intacto. En esencia nos sigue pasando lo mismo.

En Colombia a la prensa le tomó mucho tiempo ganar resonancia y alcance. Apenas en el siglo XIX vinieron a aparecer las imprentas. Pero a partir de entonces allí donde existiera papel, tinta, y una prensa de tipos móviles; allí donde emergiera un periódico, digo, los asuntos políticos empezaban a ventilarse y a ser cosas colectivas. Y como resultado a los gobiernos no les quedó tan fácil seguir gobernando entre la oscuridad y el misterio, o cerrando bocas.

Pues bien, Fidel Cano ayudó a gestar eso que hoy llamamos 'opinión pública' y que a menudo es el último recurso que nos queda para exigirle –cuando no rogarle– algo de dignidad a los que nos gobiernan. Él y su pequeño periódico –que con el andar del tiempo se convertiría en grande– fueron una suerte de llama diminuta que arrojaba luz sobre mucha oscuridad. Aunque visto desde el lado del poder al que siempre se opusieron, quizás funcione mejor la metáfora de una piedra entre un zapato.

**Esteban Duperly Posada.** Medellín, 1979. Comunicador Social y Periodista de la UPB, fotógrafo y escritor. Fue gestor del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto entre 2016 y 2019, y actualmente cursa la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Es autor de la novela *Dos aguas* (Angosta Editores, 2018).